

EL TEMPLO Y EL HOMBRE DE LA CALLE

ALGUNAS veces me pregunto qué ocurrirá dentro de poco tiempo con los templos.

Cuando esté terminando el siglo, ¿seguirán existiendo templos?

Hoy hablamos —dentro de poco me ocuparé de ello— de que el cristianismo no es una religión, sino una vida. Y por eso han surgido hace veinticinco años hombres como Bonhoeffer —el pastor evangélico—, que proclamaba para el futuro un cristianismo sin religión.

No se asusten los timoratos, porque no se trata de hacer un cristianismo sin contenido, un Evangelio sin Dios, o sólo con el hombre. No; es otra cosa lo que quieren autores como Bonhoeffer.

Son conscientes de que el mundo se desacraliza a pasos agigantados, de que lo que interesa al habitante del globo que reflexiona es sólo el hombre, y aún, a veces, desgraciadamente, ni esto, porque nos invade un egoísmo sin medida.

Los ritos religiosos, los símbolos, que hasta ahora tan importantes nos parecían, poco a poco caen en desuso, no llaman la atención de la gente.

Cada vez —entre los católicos— se va, incluso, menos a misa y se reciben menos los sacramentos.

Esto es lo que observa —y sobre todo vive— el hombre de la calle; este ser humano que algunos individuos religiosos presuntuosos desprecian. Y, sin embargo, el hombre corriente, el creyente sin cultura religiosa académica, que es la única que saben algunos significados clérigos y seglares, posee una mejor cultura: la de la vida.

No hace muchos días se lo decía yo a un núcleo de sacerdotes y religiosas a quienes hablaba en la Semana de Arte Sacro que se celebró en Vitoria.

Entre los creyentes de hoy, el que es sincero y piensa en lo que vive a través de su personal conciencia, adquiere una cultura vital, que suele ser —si reflexiona con franqueza y sin prejuicios, ni clichés prefabricados— más importante que la de las aulas de un centro de cultura religiosa, o un seminario, que habla de cosas abstractas, sin conexión con la vida.

Por eso es tan importante que los apóstoles oficiales y los clérigos que están desconectados de la vida compulsen constantemente lo que vive y piensa el hombre de la calle.

Los dirigentes religiosos deben saber qué es lo que piensa el pueblo, el hombre medio que cada vez tiene menos contacto con la Iglesia. No les debía interesar conocer lo que piensan los recalitrantes de sacristía, ni los que viven perpetuamente en las antecámaras de canónigos y obispos; sino el hombre real, el de carne y hueso, el que casi nunca es escuchado con franqueza en esos ambientes que tanto necesitan del aire libre.

INTENTO figurarme —como resultado de mi vivir cotidiano en contacto con la gente de la calle— qué es lo que piensa el hombre actual acerca del templo: ese hombre que tiene su cultura peculiar, pero que casi no se confiesa así mismo lo que piensa, porque entre la prisa y la influencia presionante de lo que todos los días nos repiten, es muy difícil atreverse a pensar con libertad.

Y, sin embargo, los que escribimos, más que decir lo que pensamos, tenemos que estimular a los demás, con nuestras ideas, a que todo el mundo se confiese a sí mismo lo que piensa; y que se acostumbre a pensarlo con claridad y valentía.

Quiero hoy, brevemente, recordar a los lectores algo que estoy seguro de que es lo que ellos piensan.

El templo pagano —aun el romano— fue un templo grandioso, poderoso, que concentraba —o, mejor dicho, que intentaba aglutinar en él— el poder divino. Era ni más ni menos ese concentrado divino que llamamos «magia», aunque algunos crean que esto sólo es de pueblos primitivos.

El templo judío fue otra cosa. Fue la morada del Señor. El judío ya no pretendía monopolizar, a voluntad del liturgo oficial, el poder de ese Dios a quien adoraba temerosamente; no intentaba más que saber que vivía cerca del sitio donde su Señor Todopoderoso tenía su morada. El judío vivía satisfecho de tener un lugar así —y poder estar en alguna ocasión marcada en él— que le permitiera sentir a Dios cerca. Era un gran paso, esta concepción, respecto al templo pagano: porque no se monopolizaba ya caprichosamente el poder divino, sino sólo la presencia respetuosa de un Dios. Dios no era para ellos el Señor bondadoso de todos los hombres, sólo lo era del pueblo que lo reconocía presente en su templo.

Pero el cristianismo se encargó de echar todo esto por tierra. Lo sagrado, lo religioso, ya no estaba ni en un rito ni en un lugar. Estaba en toda la vida profunda del hombre: con el Evangelio viene al mundo la primera religión que valora la intimidad del hombre. El templo estará desde entonces en la conciencia, y no entre las paredes de un edificio imponente o suntuoso.

Por eso, los primeros templos cristianos fueron las casas particulares: la habitación que se reservaba para conversar familiarmente fue el único lugar de reunión de los creyentes. Dios no estaba especialmente en ningún sacrificio humano, o en ningún lugar de culto, sino que se encontraba allí donde se reunían dos o tres que se responsabilizaban en el mensaje de amor del Evangelio.

AHORA es cuando uno puede inquirir de ese hombre de la calle, qué es lo que piensa en lo íntimo de su conciencia. Porque este hombre no tiene, como los liturgistas católicos de este siglo, una cultura religiosa más pagana que cristiana. Está libre de prejuicios, y de falsos enfoques religiosos, que pretendan hacer del catolicismo una religión de misteriosos ritos.

Y, por eso, este hombre puede comprender espontáneamente mejor que nadie el profundo sentido vital que vivían los cristianos de los primeros siglos, cuando se reunían para orar. Porque ni siquiera se arrodillaban. Tertuliano, en el siglo III, así lo cuenta, y sólo la imitación de los siervos de los señores germanos —que se arrodillaban ante sus amos y señores— es lo que introdujo esta nueva práctica.

Uno se pregunta —a la luz del primitivo cristianismo— qué hacen en los templos esa profusión de capillas e imágenes que desvían el sentimiento y confunden el juicio del hombre y de la mujer de hoy, estos hombres y mujeres que pretenden la sencillez y no el artificio, la espontaneidad y no la complicación.

¿Qué sentido tienen tampoco esos retablos profusos y llamativos que desvían la atención de la Cena de amigos, que es el sacrificio de la Misa? No gustan ya esas solemnidades religiosas llenas de velas, flores y colorines, novenas melosas y cánticos sin nervio, que se parecen a esas imágenes de pacotilla que carecen de sinceridad. La gente ya no asiste a ellas.

La Santa Sede acaba de decir también —¿y quién se ha fijado en ello?— que la Eucaristía es sobre todo un alimento, y que no se puede

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

desviar la atención del fiel creyente de lo que es fundamental, dándole la sensación casi exclusiva de que lo importante es lo otro: la exposición, el festival procesional o la adoración sin participación.

L incienso, el agua bendita, las genuflexiones son costumbres paganas propias de otros tiempos ya pasados. ¿Por qué, entonces, seguir insistiendo en ellas, cuando ya no tienen un sentido claro ni popular. Y, sobre todo, cuando más bien incluían a ciertas actitudes semi-supersticiosas?...

El Concilio ha modificado la liturgia. Pero esta reforma no ha hecho sino empezar tímidamente. Hemos conseguido que el sacerdote celebrase la misa de cara al público; que leyera los textos en castellano; pero, ¿por qué empeñarse en mantener unos símbolos, de hace diez siglos, que hoy apenas nada dicen al hombre actual?, ¿o unas vestiduras más lujosas, que expresivas, de algo que debe ser ante todo sencillo, íntimo y sincero?, ¿o un lenguaje, muy preciso sin duda, pero lleno de imágenes y reflexiones que resultan incomprensibles a nuestra cultura?

Hace unos días estaba hablando a unas religiosas novicias y me preguntaban sobre la dificultad de entender el símbolo del agua, o del árbol, o del aceite, o de tantas cosas que en otras épocas decían algo, pero que hoy ya no son casi expresivas, o que ya no dicen lo mismo a nuestra cultura occidental del siglo XX. Cuando el agua mueve turbinas, cuando las heridas no se curan con aceite, sino con penicilina, y este aceite sirve para lubricar poderosas máquinas, es un poco ingenuo dar explicaciones propias de una cultura pastoral o campesina a un hombre que viven en pleno mundo industrial del siglo XX.

L OS periódicos españoles y extranjeros nos hablan de tres obispos americanos que han planteado el problema del templo con una apertura clara a los tiempos que se avecinan.

Monseñor Fulton Sheen quiere acabar con las iglesias lujosas. Y por eso, ha establecido un impuesto sobre la construcción de edificios religiosos.

Y el cardenal Shehan de Baltimore, así como el obispo de Milwaukee, ha anunciado una cosa decisiva para el futuro: la autorización de celebrar misa en las casas particulares, para dar a las parroquias un sentido más vivo. Un grupo de amigos que conviven unos mismos problemas e inquietudes, ¿no deben poder sellar esto, si son cristianos, con la sencilla ceremonia de una cena eucarística, que los católicos llamábamos hasta ahora misa?

En Norteamérica se ha visto que los católicos cada vez asisten menos a misa en las parroquias; pero, en cambio, cada vez están mejor dispuestos a celebrar estas cenas eucarísticas amistosas y familiares.

Quizá será ese el futuro del templo. Pero, desde luego, lo que se impone —al menos— es acercarse a esta sencillez y familiaridad en nuestros edificios de culto que el mundo actual pide.

Los sociólogos de la religión —como Boas y Malinowski— resumen su diagnóstico del porvenir religioso de un pueblo así: «Como vaya la misa, así irá la Iglesia». Si los actos de culto se adaptan a la vida y no quedan como colgados por un hilo de las nubes, si la liturgia nada dice, porque se expresa con lenguaje e ideas de otras centurias, la gente dejará de interesarse por la religión. Si, en cambio, las prácticas religiosas son algo que se relaciona con nuestra vida y le dice algo al hombre corriente, la religión —una religión depurada y sencilla— volverá a resurgir, y a tener un sentido aceptable para el hombre de hoy.

«Si Balzac, en vez de levantar el monumento de "La Comedia Humana", se hubiera reducido a escribir un par de novelas por el estilo de "Eugenia Grandet" sería ciertamente un novelista muy estimable, pero no sería el genial, opulento y desbordado Balzac que conocemos».

MENENDEZ Y PELAYO

Porque para poder apreciar el mérito inmenso de Balzac no basta con una antología o selección de sus obras. HAY QUE POSEERLO INTEGRO. Nosotros podemos ofrecerle, por primera vez en España, en versión rigurosamente íntegra.

La Comedia Humana

de Honorato de Balzac

30 suntuosos tomos en PIEL
POR SOLO 300 PTS. AL MES



UN GRAN ALARDE EDITORIAL: VOLUMENES DE 17,5 x 12,5 CM., EN PIEL COLOR HABANA, ESTAMPACIONES EN ORO, CORTE SUPERIOR TAMBIEN DORADO, SOBRECUBIERTA DE CELOFAN Y CAJA PROTECTORA DE CARTON.

- Tomo I. — La génesis de la Comedia Humana; Prefacio general; Introducción por Félix Davin; La casa del gato que juega a la pelota; El baile de Sceaux; Memorias de dos jóvenes esposas; La bolsa. 448 págs.
Tomo II. — Modesta Mignon; Una entrada en la vida. 411 págs.
Tomo III. — Alberto Savarus; La vendetta; Una doble familia; La paz del hogar; Madame Firmiani; Estudio de mujer; La falsa querida. 407 págs.
Tomo IV. — Una hija de Eva; El mensaje; La Grenadière; La mujer abandonada; Honorina; Gobseck. 363 págs.
Tomo V. — Baatrix. 437 págs.
Tomo VI. — La mujer de treinta años; El tío Goriot. 470 págs.
Tomo VII. — El coronel Chabert; La misa del ateo; La interdicción; El contrato de matrimonio; Otro estudio de mujer. 368 págs.
Tomo VIII. — Ursula Miroulet; Eugenia Grandet.
Tomo IX. — Los solterones: 1) Pierrette; 2) El cura de Tours; 3) Un piso de soltero (La Rabouilleuse). 482 págs.
Tomo X. — Los parisienses en provincias: 1) El ilustre Gaudissart; 2) La muse del departamento. 539 págs.
Tomo XI. — Las rivalidades: 1) La solterona; 2) El gabinete de antigüedades. Ilusiones perdidas: 1) Los dos poetas. 325 págs.
Tomo XII. — Ilusiones perdidas: 2) Un gran hombre de provincias en París; 3) Los sufrimientos del inventor. 448 págs.
Tomo XIII. — Historia de los trece: 1) Ferragus; 2) La duquesa de Langeais; 3) La muchacha de los ojos de oro. 523 págs.
Tomo XIV. — Historia de la grandeza y de la decadencia de César Birotteau; La casa Nucingen. 384 págs.
Tomo XV. — Esplendores y miserias de las cortesanas: 1) Cómo aman las rameras; 2) A cuánto les resulta el amor a los viejos; 3) A dónde llevan los malos caminos; 4) La última encarnación de Vautrin. 352 p.
Tomo XVI. — Los secretos de la princesa de Cadignan; Facino Canes; Sarrasine; Pedro Grassou; Un hombre de negocios; Un príncipe de la bohemia; Gaudissart II; Los empleados. 602 págs.
Tomo XVII. — Los parientes pobres: 1) La prima Bette. 466 págs.
Tomo XVIII. — Los parientes pobres: 1) El primo Pons; Los comediantes sin saberlo. 376 págs.
Tomo XIX. — Los pequeños burgueses. 501 págs.
Tomo XX. — El reverso de la historia contemporánea: 1) Madame de la Chanterla; 2) El iniciado; Un episodio bajo el Terror; Un asunto tenebroso. 345 págs.
Tomo XXI. — El diputado D'Arcy; Z. Marcas.
Tomo XXII. — Los chuanes; Una pasión en el desierto. 361 págs.
Tomo XXIII. — Los campesinos. 359 págs.
Tomo XXIV. — El médico rural; El cura de la aldea. 491 págs.
Tomo XXV. — El lirio en el valle; La piel de chagrán. 532 págs.
Tomo XXVI. — Jesucristo en Flandes; Melmoth reconciliado; Masaniello Doni; La obra maestra desconocida; Gamba; La búsqueda de lo absoluto. 453 págs.
Tomo XXVII. — El hijo maldito; Adèle; Las Maras; El recluta; El verdugo; Un drama a orillas del mar; Maese Cornelio; La posada roja. 420 págs.
Tomo XXVIII. — Sobre Catalina de Médici; Introducción; 1) El mártir calvinista; 2) La confidencia de los Ruggieri; 3) Los dos sueños; El estir de larga vida; Los proscritos; Luis Lambert. 548 págs.
Tomo XXIX. — Serafita; Fisiología del matrimonio. 436 págs.
Tomo XXX. — Pequeñas miserias de la vida conyugal; Obras inacabadas o esbozadas; Indices generales. 590 págs.

BOLETIN DE PEDIDO

D. _____ profesión _____
que vive en _____ calle de _____ n.º
desea recibir LA COMEDIA HUMANA, de Honorato de Balzac, y pagar su importe de la forma que señala con una cruz en el recuadro correspondiente. Para el caso de optar por la compra a plazos se compromete a conservar los libros en concepto de depósito hasta la completa liquidación de su importe.

- Al contado, contra reembolso de 5.250 pts.
 En 20 plazos mensuales de 300 pts.

Fecha _____ Firma _____

NOTA. — En cualquiera de las dos modalidades se sirve inmediatamente la obra completa.

RECORTE Y ENVIE ESTE BOLETO A
EDITORIAL LORENZANA - Apartado 1.726 - Barcelona